

denes de treinta y dos palcos, en cada uno de los cuales caben doce personas. —El público que encuentro en él es elegante y distinguido, y bastante circunspecto para una ciudad tan bulliciosa. —Aquí veo algunas napolitanas hermosas (*avis rara*) y muchas extranjeras celestiales.

Los barrios principales de Nápoles tienen alumbrado de gas; pero el teatro se halla iluminado con aceite, lo cual se explica por el miedo que el difunto rey tenía á los incendios. Y aquí necesito advertir que el regio coliseo y el palacio real están enlazados por una galería.

Otro defecto del teatro de San Carlos consiste en que al final de la sala hay, como en todos los demás de Italia, un gran espacio sin asientos en que se apiña el pueblo soberano. —Verdad es que lo que aquella multitud tenga allí de *malsonante* se compensa con el recuerdo que mantiene vivo de los grandes teatros de la antigüedad.

La nueva ópera de Verdi se titula la *Batalla de Legnano*, y por consiguiente, es de circunstancias, puesto que se trata en ella de la *Liga lombarda* contra los austriacos.

A pesar de esta recomendación, ha sido silbada, y con suficiente motivo.

Si tuviera mas tiempo, explicaria las razones que me asisten para creerlo así, y de camino disertaria acerca del carácter y condiciones de la música de Verdi, contestando, según tengo prometido, á cierta erudita carta en que se me invitó hace tiempo á esponer en este libro los fundamentos de mi antipatía á la música del laureado maestro que hoy es tan popular; pero me hallo muy de prisa, y no puedo menos de dejar para mejor ocasión la respuesta ofrecida á mi anónimo interrogante.

Durante la representación, ha habido siempre dos centinelas entre bastidores. Es una antigua costumbre, establecida por la casa de Borbon. —*Negrini* es un tenor excelente, y entre él y la bandera tricolor, que se ha ondeado al final de la última escena, han conseguido que la ópera reciba una palmada despues de tantos silbidos.

El baile nos indemniza en cierto modo de la ópera.

La *Boschetti* es una verdadera sílfide, y las decoraciones y los trajes esceden á todo elogio.

Las bailarinas no sacan ya pantalones verdes como en tiempo de los Borbones... Pero no lo lamenteis por el pudor público. Aquellos abigarrados pantalones no habian impedido que Nápoles fuese entonces como ahora el pueblo mas cínico y sensual de la tierra: aquellos pantalones eran una irrisión, una sangrienta ironía, un sarcasmo hipócrita.

También se ha abolido últimamente otra costumbre aun mas donosa, que consistía en no permitir á ningún actor que fingiese morir en escena el día del rey. ¡La Gracia real lo perdonaba! —Entre tanto eran ahorcados y fusilados de veras, no ficticiamente, millares de amantes de la libertad, por orden del clementísimo Fernando II.

Despues de la función, bajo al café del teatro, donde llama mi atención un

hombre hermosísimo, vestido con una túnica blanca, botas, sable, y turbante de astracán. —Pregunto á mi antiguo y excelente amigo, el cónsul de España en Nápoles, don Carlos Morejon, quién es aquel extraño personaje, y me responde que es el criado armenio de Alejandro Dumas.

Porque Alejandro Dumas está en Nápoles, escribiendo un periódico en defensa de la unidad italiana...

Pero hélo aquí, que viene á refrescar. —Su criado no habia hecho mas que precederlo, á fin de prepararle el triunfo.

Todo el mundo se pone á contemplar al insigne autor de *Los Mosqueteros*.

¡Salud á mi novelista favorito de la edad de los sueños y de las ilusiones!

También ha envejecido el buen mulato.

Con que vámonos á casa, que mañana tenemos que madrugar.

IV.

El Musco Borbónico.—Un día en Pompeya.

Antes de emprender nuestra escursión á *Pompeya*, bueno será recordar de nuevo, y con algunos pormenores, la gran catástrofe, sin igual en el mundo (si se exceptúa la que aniquiló á Sodoma, Gomorra, Seboin, Segor y Adama), que acabó en un día con aquella grande, rica y populosa ciudad, fama y orgullo de la Campania, y uno de los retiros predilectos de los mas ilustres romanos.

Oigamos primero á un testigo presencial, á *Plinio el Joven*.

Plinio el Joven tenía 18 años el 79 de nuestra era, cuando se verificó la espantosa erupción del Vesubio que destruyó á *Pompeya*, *Herculano* y *Stavie*. Hallábase en Miseno, antigua ciudad, situada á tres leguas de Nápoles, delante de la cual estaba anclada una escuadra mandada por su ilustre tío y padre adoptivo, *Plinio el Naturalista*. La madre de aquel y hermana de éste llamó la atención del sabio anciano sobre una rara nube que coronaba el Vesuvio, y *Plinio*, adivinando un fenómeno plutónico extraordinario, hizo preparar un buque y se dirigió al pié del volcan, á la ciudad de *Stavie*, donde desembarcó, sin reparar en las cenizas y piedras calcinadas que caian ya sobre el barco y sobre todas las cercanías. En *Stavie*, cuyo último día era aquel, tranquilizó á su amigo *Pomponiano*, se hizo conducir al baño y comió tranquila y alegremente.

«En seguida, —dice *Plinio el Joven* en una carta al insigne Tácito, (l. VI, 16), —se acostó y durmió profundamente, pues desde la puerta se oía el ruido de su respiración... Sin embargo, el patio por donde se entraba en su aposento empezaba á llenarse de piedras y cenizas, de tal manera que á poco mas que hubiera permanecido encerrado, no habria podido salir. Despertósele, salió y fué á reunirse con *Pomponiano* y los demás que habian velado su sueño. Una

vez juntos, deliberaron sobre si debian encerrarse en la casa ó vagar por el campo, y viendo que todas las casas estaban cuarteadas por los violentos y frecuentes temblores de tierra... se ataron unas almohadas sobre la cabeza para defenderse de las piedras que caian, y salieron. El dia empezaba á amanecer; pero en torno de ellos reinaba la mas sombría y densa noche, interrumpida por diversas claridades. Llegaron á la playa: el mar estaba tempestuoso y les impedía reembarcarse. Allí mi tío se acostó sobre una manta extendida en el suelo, pidió agua fria y bebió dos veces. Pronto las llamas y un olor á azufre que anunciaba su proximidad pusieron en fuga á todo el mundo y obligaron á mi tío á levantarse. Alzóse, apoyado sobre dos esclavos jóvenes, y en el mismo instante, cayó muerto, sofocado, á lo que yo imagino, por aquella espesa humareda. Su pecho era naturalmente débil, estrecho y anhelante. Cuando apareció la luz (tres dias despues del que habia sido el último para mi tío), hallóse su cuerpo entero y sin heridas... Su actitud era la del sueño mas bien que la de la muerte.»

En cuanto á Plinio el Joven, se habia quedado en Miseno, retenido por sus estudios. Su madre despertó sobresaltada por la violencia del terremoto y corrió á la habitacion de su hijo. Sentáronse juntos, y el mancebo se puso á leer á Tito Livio. Pero las sacudidas continuaban, y la casa se les venia encima. Huyeron pues, al campo...

»La playa se habia ensanchado—dice Plinio en otra carta al mismo Tácito, que le habia pedido pormenores del cataclismo para sus ANALES:—muchos pescados estaban en seco sobre la arena; una nube negra y horrible se entreabría á veces, desgarrada por los surcos de las llamas, semejantes á relámpagos... Esta nube bajóse hasta la tierra, cubrió la mar, robó á nuestros ojos la isla de Caprea y nos ocultó la vista del promontorio de Miseno... A mí me sostenia este pensamiento triste y consolador á la vez: QUE TODO EL UNIVERSO PERECIA CONMIGO.

Durante este cataclismo, *Pompeya* habia desaparecido de la faz de la tierra.

En el momento de la erupcion hallábase reunido el pueblo en el Anfiteatro, que podia contener 20,000 personas; lo cual esplica el escaso número de esqueletos que se encuentra en las escavaciones. Se cree que la poblacion huyó hácia Levante.—En medio de repetidos temblores de tierra, de espantosos truenos y de inmensas llamaradas del volcán, empezó á caer sobre *Pompeya* una lluvia tan densa de cenizas y de agua caliente, que en pocas horas la ciudad habia desaparecido (sin hundirse otra cosa que los techos, que se abrasaron), bajo una capa de lodo volcánico que se levantó mas de cuatro metros sobre los mayores edificios.

Los errantes pompeyanos volvieron á los pocos dias; hicieron algunas escavaciones en busca de sus tesoros, y fundaron á pocas leguas de la difunta ciudad una pobre aldea, que tambien llamaron *Pompeya*, la cual fue destruida á su vez por otra erupcion al cabo de cuatrocientos años.

Las grandes mudanzas que por entonces esperimentó el mundo, con la pro-

paganda del cristianismo, la invasion de los bárbaros, el fin de la gentilidad y la caida del imperio romano, sumieron en el olvido aquel acontecimiento, y nadie se acordó ya de *Pompeya*, ni de la naturaleza de la catástrofe: nadie pensó en determinar su antigua situacion, ni en levantar el sudario que la cubria.

¡Asi pasaron diez y siete siglos!

Durante ellos, una sola vez pudo ser exhumada la ciudad, y fue en 1592, cuando se abrió un canal por encima de ella para llevar las aguas del Sarno á *Torre Anunciata*, aldea levantada á muy poca distancia del trágico escenario; pero nada se descubrió, á pesar de que el canal cruzaba sobre el *Foro* y sobre el *Templo de Venus*...—Y siguió pasando el tiempo; y la tierra codiciosa continuó guardando su secreto horrible.

Finalmente, el año de 1748, reinando aquí nuestro Carlos III, unos campesinos hicieron un hoyo, en busca de agua, en los viñedos que cubrian toda la ciudad, y descubrieron algunos objetos de arte. Esto movió la curiosidad del rey: estudióse, investigóse, compulsáronse datos, y ya no cupo duda de que *Pompeya* existía entera debajo de aquellas viñas.—Las escavaciones confirmaron y escedieron todos los cálculos: la ceniza, aunque muy endurecida por los siglos, se levantaba fácilmente: *Pompeya* se encontraba intacta: las materias y los objetos mas perecederos se habian conservado prodigiosamente.—La antigüedad pagana brotaba de la tierra, viva, auténtica, fehaciente, como si la evocara la trompeta del juicio final.

Pero Carlos III se fué á reinar á España, y sus sucesores no dedicaron á las escavaciones la atencion preferente que merecian. Murat las emprendió en gran escala; pero despues de Murat vino otra vez la dinastia de Borbon, y con ella la indiferencia á una empresa tan interesante.—Baste decir, que el último rey le destinaba solamente cinco mil duros anuales.—Asi es que, despues de haber pasado mas de un siglo desde la resurreccion de *Pompeya*, solo se ha descubierto la quinta parte de la ciudad, permaneciendo todavia el resto bajo su plomiza mortaja.

Hé aquí lo que vamos á ver; pero antes no estará de mas que recordemos nuestras visitas al *Museo Borbónico* de Nápoles, construido tambien por Carlos III, con el esclusivo objeto de recoger y coleccionar todos los objetos curiosos ó de arte que se fuesen encontrando en *Pompeya*.—Esto aumentará el interés de nuestra visita.

Respetada es en España la memoria de aquel ilustrado rey, pero mucho mas lo es en Nápoles, donde su nombre va unido á todas las grandes obras.—El *Museo Borbónico* es notabilísimo, aun para los que han visitado el del Vaticano y los de Florencia. Como edificio, llama la atencion por su magnitud y buena distribucion. Por su riqueza histórica y artística, no tiene igual en el mundo.—Y es que los objetos que encierra el *Museo Borbónico* interesan mas íntimamente que los guardados en los demás museos: aquí todo tiene el polvo del tiempo, la verdad de la vida, la realidad ó la actualidad del ser.

Imposible fuera enumerar los mosaicos, las pinturas murales, las estatuas

de mármol y de bronce, las inscripciones, los bajo-relieves, los vasos, los *papyrus*, los muebles, las ropas, las alhajas, las monedas, las medallas, los instrumentos que guardan aquellos armarios.—Yo citaré al acaso los objetos que mas me han sorprendido.

Empezaré por lo último: empezaré por el *museo* llamado *secreto*, cerrado y sellado por Pio IX cuando visitó á Nápoles, y abierto hoy á los que tienen ciertas recomendaciones.—Allí se ve con horror y asco la esplicacion providencial de la destruccion de Pompeya: allí el mármol y el bronce, el hierro y el barro, maravillosamente trabajados por el arte, representan toda la vileza de los mas inmundos placeres, no solo en estatuas, frescos y relieves, sino en los útiles de la vida doméstica; en ánforas, vasos, tinteros, lámparas, pesos é instrumentos... hasta en los adornos de la persona...—¡Cómo se comprenden allí la Nápoles griega, la Nápoles romana y la Nápoles de nuestros días!...

Ningun delito entre ellos era nuevo...

dice en su famosa *octava* de *nuere* versos nuestro inspirado Zorrilla.—Y yo diré como él:

...mas tente ¡oh pluma! que en maldad te tiño
y á llevarte adelante no me atrevo;
que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
diera en mi voz al universo enojos.

Citaré, sí, la Sala de *Pinturas antiguas*, que pasan de mil seiscientas y son frescos trasladados de las casas de los pompeyanos. El dibujo no ha llegado, ni en los tiempos de Rafael, al extremo de gracia y perfeccion que revelan aquellas figuras ó los arabescos y caprichos decorativos que allí se admiran. Todos conocen por el grabado (y sirva esto de muestra) las *Trece Bailarinas* cuyos originales allí se guardan. A este tenor es todo lo que aquella sala encierra.

En un armario de cristales se conserva una masa de cenizas endurecidas, que rodearon el cuerpo de una mujer y donde quedaron impresas las amplias y bellas formas de su seno y de sus hombros. Aquel espantoso molde se encontró en la bodega de una casa de Pompeya. En el mismo armario se ve el cráneo, todavía con pelo, de aquella desgraciada; un hueso de uno de sus brazos, y las alhajas de oro que la adornaban en el momento de la catástrofe.

En otras salas encontrareis todos los enseres, todos los objetos que figuraban en la vida de la poblacion pompeyana, conservados tan perfectamente, que no podeis comprender que cuenten mil ochocientos años de fecha.—Allí admirais el grado de civilizacion á que habian llegado los antiguos, y sobre todo, la semejanza de sus invenciones con las nuestras: allí se os revelan sus costumbres con los mas nimios pormenores: allí veis pesos, medidas, lámparas, pebeteros, objetos de tocador, arneses, carros de triunfo, todo de una suprema elegancia que hoy pugnan por imitar los artifices de Italia, Francia y Alemania: allí hay moldes para hacer pasteles, parrillas para asar la carne, herramientas de todos los oficios; camas, sillas, armas, corazas, lanzas, espadas; un casco que encier-

ra el cráneo de su dueño; hornillos portátiles, cocinas económicas; alhajas y adornos femeninos de tan esquisito gusto que hoy sirven de modelo á los plateros de París y Roma; instrumentos de cirugía iguales á los que en nuestros días han merecido privilegios de invencion por su perfeccion y utilidad (*speculum*, *forceps*, *fíbula*, sondas, escalpelos); compases (uno de ellos para reducir); un peso de plomo con una inscripcion por un lado, que dice: *eme*, y otra por el otro, que dice: *habebis*; una balanza *verificada* ó contrastada en el Capitolio, segun su marca; tinteros, *stylos*, tabletas de marfil, plumas de madera de cedro, estuches de plumas; trompetas, clarines, timbales, clarinetes; y—¡lo que es mas todavía!—trigo, frutos, pan, restos de vino y aceite, y en una cacerola, restos de un guisado en que se ha reconocido la *polenta*, que llamamos ahora.—Entre los objetos de tocador, vereis espejos de metal, botes con cosméticos, cajitas de colorete, broches, peines, agujas, tijeras, dedales, husos.—Tambien encontráis billetes de teatro, que son unos pedacitos de marfil, donde se ve el titulo de la comedia, el nombre del autor y el número de la localidad: *La Casina de Plauto* (dice uno de ellos): 2.^a *platea*: 3.^a *rincon*: *grada* 8.^a En compensacion, veis un cepo de hierro, encontrado en un cuerpo de guardia, con cuatro esqueletos cogidos por los pies; ó cierto esqueleto con una bolsa en la mano (¡tremenda imágen de la avaricia!), que me ha hecho imaginar mil fantásticos horrores.

Pero lo mas trascendental de todo lo que encierra el Museo Borbónico son los *papyrus* encontrados en *Herculano*,—cuya destruccion fue mas definitiva que la de Pompeya, puesto que lo inundó y cubrió una inmensa ola de betun liquido, á la manera de lava ardiente. Los *papyrus* arrollados que constituian las bibliotecas de los antiguos fueron carbonizados completamente, á tal punto, que al principio se les tomó por carbon ó cisco, y eran destruidos sin reparo alguno. Despues se vino en conocimiento de que aquellas pavesas guardaban la ciencia y la literatura de la gentilidad; de que aquellos carbones encerraban el diamante!—Empero ¡imposible leer los *papyrus*, imposible desliarlos, imposible tocarlos!—Se deshacian como ceniza.—Mas ¿qué no vence una voluntad constante?—Un sabio religioso, el padre Antonio Piaggi, encontró el medio de desarrollar las pavesas ennegrecidas, de fijarlas sobre una ténue membrana transparente y de leer lo escrito.—Yo he visto funcionar aquel ingenioso aparato.—Hasta hoy se han publicado *once* gruesos volúmenes de las obras allí contenidas. Desgraciadamente, ninguna ha ofrecido hasta ahora gran importancia. Son comentarios sobre filósofos conocidos, ó historias de guerras mejor contadas por los autores clásicos.—Sin embargo, quedan 1,500 *papyrus* por desarrollar.... ¡Quién sabe si esconderán algun tesoro, alguna de las obras maestras de que nos habla la fama y cuyo testo no ha llegado á nuestros días!

En Pompeya no se han encontrado hasta hoy *papyrus*. Tal vez la ceniza y el agua los destruyeron.

En cuanto á las obras de arte que se admiran en el Museo Borbónico, me limitaré á nombrar las principales, que en mi concepto son: el famoso *Gladi-*

dor moribundo,—*Ganimedes y el Aguila*,—la *Minerva Farnesio*,—*Agripina* sentada, llorando la muerte de Germánico,—la célebre *Flora* ó *Venus* vestida,—*Atlas sosteniendo el cielo*,—el *Grupo del Toro Farnesio*, maravilla del cincel griego, de una sola pieza de mármol,—y sobre todo, me complaceré en recordar, como uno de los mayores prodigios artísticos que he contemplado, EL HERCULES FARNESIO, obra de Glycon de Atenas, gigantesca estatua en que el artista ha representado la fuerza de dos maneras, á cual mas ingeniosa: primera: poniendo al gigante una cabeza pequeña, estrecha, que recuerda vagamente la de un toro; y segunda, haciendo que la figura tenga que apoyarse para no caer... ¡Idea felicísima! ¡confundir el peso con la fuerza!

Entre los muchos y muy buenos cuadros que encierra tambien el Museo, citaré la impúdica y renombrada *Danae* de Ticiano, la cual se halla en un gabinete llamado *secreto*,—una virgen de *Correggio*, modelo de gracia, llamada «la Gitanilla»—y un *San Gerónimo* que despierta al son de la trompeta del juicio final é invoca la clemencia de Dios, obra magistral de nuestro inspirado Ribera.....

Pero nosotros no hemos recordado el *Museo Borbónico* con otro objeto que el de disponer el ánimo para nuestra escursión á Pompeya, el Vesubio y Herculano. Ya hemos visto los despojos de las víctimas del volcan... Partamos ahora, y contemplemos los cadáveres de ambas ciudades y el fantasma de fuego que se enseñaorea sobre un mundo de ceniza.

18 de enero.

De Nápoles arrancan algunos trozos de ferro-carril.

Uno de ellos se dirige á Nocera, por la orilla del mar, pasando cerca de Pompeya.

A las nueve sale un tren... Son las ocho y media...—Partamos...

Estamos en camino...

A los pocos minutos llegamos á *Portici*, Sitio real, lleno de preciosas casas de campo, y cuyo famoso palacio es tambien obra de Carlos III.

No podemos detenernos á visitarlo...

Hace una mañana hermosísima.—Seguimos avanzando hácia el Vesubio...

Hé aquí á *Resina*, ciudad de 10.000 habitantes.

Debajo de ella se encuentra HERCULANO, cuyas ruinas, abrumadas por una inmensa mole de betunes, no alumbrará jamás la luz del cielo.

Ya volveremos.—Continuemos nuestra marcha.

Pasamos al pie del volcan, á media legua de su cima, siempre por la playa.

Inmóviles rios de lava antigua penden, por decirlo así, desde el gigante al mar, al modo de colosales y retorcidas cabelleras.

Me recuerdan los *glaciers* de Suiza.

Como ellos, cada una de estas corrientes solidificadas tiene su fecha: *Lava de 1767*: *lava de 1794*: *lava de 1806*...



Carretero romano.

Son monumentos de horror, fabricados por la naturaleza.

Generalmente se sube desde aquí al Vesubio; pero nosotros haremos la gran ascension, la completa, la difícil, la espantosa.—¡Subiremos desde Pompeya;

cruzaremos la cumbre del volcan, y descenderemos casi verticalmente á la region de las lavas!

Adelante, pues.

Estamos en *Torre del Greco*, ciudad de 16,000 habitantes, muchas veces destruida por los terremotos y siempre reedificada sobre el mismo lugar.

¡Tal es la temeridad del hombre! ¡Así se acomoda, en cualquier proporcion que sea, á la contingencia infalible de la muerte!

—Nadie es inmortal (dirá el morador de las faldas del Vesubio), y esta comarca es la mas fértil del mundo: ¿á qué marcharme á otra region menos peligrosa, si al cabo moriré tambien en ella?

Y tiene razon: los alrededores del volcan son verdaderos paraísos: ¡hasta sobre la misma lava crecen las renombradas cepas que producen el *lacryma Christi*!

Y luego, la catástrofe avisa con algunos dias de antelación. Cuando las fuentes y los pozos se secan, y los reptiles salen espantados ó abrasados de su madriguera, y la actividad del cráter aumenta estraordinariamente, y el humo se levanta á una legua de altura, tomando la forma de un gigantesco pino, la erupcion es indudable...

Entonces la poblacion abandona la ciudad, y si al regresar á ella la encuentra arruinada, la vuelve á edificar muy tranquilamente.

Lo que no comprendo es que haya un polvorin, como lo hay, á dos kilómetros del cráter, encima de *Torre Anunciata*!

Porque ya estamos en *Torre Anunciata*, ciudad de 16,000 almas, que ha reemplazado á Pompeya, por mas que medien tres millas entre ambos pueblos.

Hé aquí la esplicacion de este aparente contrasentido.

Pompeya era puerto de mar; pero las materias volcánicas, y acaso tambien los terremotos, han interpuesto una legua de terreno entre las olas y el antiguo puerto. Ha quedado, pues, Pompeya retirada tierra adentro, y en el nuevo espacio robado á las ondas se ha edificado á *Torre Anunciata*, cuyo puerto hace las veces del pompeyano.

Sin embargo, no nos detenemos en su estacion. El ferro-carril se aparta allí un poco de la playa, dirigiéndose á *Nocera*...

Caminamos algunos minutos, y otra estacion solitaria aparece á nuestra vista.

El tren se para.

—¡*Pompeya*! gritan los empleados del ferro-carril.

«*POMPEYA*» se lee en la pared de la estacion.

A poca distancia se descubren unas murallas derruidas.

¿Qué resurreccion es esta? ¡Lo mismo habria sucedido si Pompeya no hubiese muerto!

¡La ciudad-cadáver tiene su estacion de camino de hierro! ¡La ciudad enterrada durante diez y ocho siglos se coloca de un solo paso á la altura de nuestra civilizacion!—¡Espantosa ironía!

Al oír gritar ¡*Pompeya*! entre los silbidos de la máquina, paréceme que acabamos de decir en tono de burla: ¡*Surgite, mortui*!

Nadie acude de la capital difunta en busca del tren que va á continuar su camino.

Solo Dioscoro y yo hemos venido á ella.

Pero nadie sale á recibirnos: nadie se asoma á aquel ruinoso muro.

El silencio de los sepulcros reina en toda la comarca.

El tren se aleja en busca de la vida, y llevándola en su seno.

Nosotros nos hemos quedado á solas con la muerte.

A lo lejos, cerca de las murallas, se ve un edificio aislado, elegante, moderno.

Sobre su puerta, dice un letrero:

«*Hotel Diomedes.*»

Diomedes era uno de los mas ricos habitantes de Pompeya, en cuya casa se han encontrado mil preciosidades artísticas.

En el *hotel* encontramos una sola persona; el hostelero.

Casi estraño que esté vivo.

El nos entera de lo que tenemos que hacer para realizar nuestros proyectos.

Hé aquí su plan:

Despues de almorzar iremos á pie á Pompeya, que dista de aquí medio kilómetro. Allí encontraremos un guia que nos conduzca ante el director de las escavaciones, único habitante de la ciudad, para el cual traemos recomendaciones. El director nos acompañará por las calles desiertas y nos introducirá en las casas mas notables: á la noche vendremos á comer y dormiremos á este hotel: mañana de madrugada subiremos al Vesubio: llevaremos provisiones para almorzar en su cumbre: el hostelero nos proporcionará caballos para la primera mitad de la ascension, y un guia para el resto: al mediodia bajaremos por el otro lado del volcan, y llegaremos á *Herculano*; y desde allí, despues de visitar sus calles subterráneas, regresaremos á Nápoles en camino de hierro.

Estamos convenidos.

Hémos á las puertas de Pompeya.

La primera ojeada basta para sentirlo y comprenderlo todo.

Una calle larga, recta y sola, embaldosada de lava, con altas aceras, se estiende ante nuestros ojos.

A uno y otro lado se ven casas con los techos derruidos.

En esta calle, no hay otro vestigio humano que las huellas marcadas en el empedrado por los carros que rodaron muchos años sobre él y que despues no han rodado durante diez y ocho siglos.

Nada se oye. Nadie pasa por ninguna parte.

Como esta calle, hay muchas.